

CARTA DE COPILCO

NUEVO NUEVO REGLAMENTO DE TRÁNSITO

GUILLERMO SHERIDAN

...como en estos caminos y calzadas en todo tiempo y todas ocasiones, se ven gentes cruzar amontonadas.

Bernardo de Balbuena (1604).

LAS CALLES DE la ciudad de México han estado *amontonadas* desde de Balbuena hasta el que se descubrió poeta esta mañana. Hace ochenta años, López Velarde se asustaba al ver a las muchachas que “para atravesar de una a otra acera se cogen de la mano y construyen así la tímida cadena” que creían las salvaría de los *automedontes trogloditas*. Othón los despreciaba, pues que “andan en calcetines”. Tablada, más urbano, los aborreció:

Automóvil, ataúd dinámico
para entierros al por mayor,
a la luna es epitalámico himno,
tu áspero estridor...

Hoy ya no los vemos con horror ni con sorpresa, sino como integrantes de nuestra personalidad. Octavio Paz habla

del ir y venir de los autos, espejo de nuestros afanes, quehaceres y pasiones (¿por qué, para qué, hacia dónde?)

Y Efraín Huerta descubrió que moraba en un *Circuito interior* esperando “que le dieran el siga”. Nos hemos metonimizado en los autos y hemos perdido así una batalla sin remedio.

Existen en la Ciudad de México, la más poblada y contaminada del orbe, tres millones de vehículos: Eso es grave, pero lo es más aún que se les conduzca bajo normas que sólo equivalen a las que rigen los naufragios históricos. No se trata entre nosotros de manejar un auto: se trata de blandirlo.

Conmueve, por eso, que el Departamento del Distrito Federal haya promulgado un nuevo reglamento que pretende regular este *pandemonium*. Es tan conmovedor como ver a unas damas graduadas del Sagrado Corazón leyéndole el *Manual* de Carreño a un tropel de búfalos en celo. Conmueve más aún

el formalismo del acontecimiento: como suele suceder, una nueva ley apenas significa, para la policía, un nuevo recurso para enriquecerse, y para el ciudadano una nueva manera de evadirla.

El jefe del Departamento, como el Pantocrátor, está convencido de que el nuevo reglamento realmente sustituirá, por el simple hecho de haber sido promulgado, el caos por el orden. (Quizá se convenza con la misma facilidad con la que asume que él es una autoridad representativa, a pesar de que nadie votó por él.) Mas para sobrevivir en una ciudad así es menester fingir que hay orden. Esto perpetúa el caos, pero lo disimula. Y no es lo mismo un caos disimulado que un caos común y corriente, pues aparte de que son idénticos uno está disimulado y otro no. El fervor nacional por las leyes, ordenanzas y estatutos, suele fingir que proclamarlos implica que se acaten.

Compré por 3 000 pesos mi *Reglamento de Tránsito* a un peatón que lo violaba al mismo tiempo que lo vendía. Es perfecto, es decir, inútil. También es largo: doce capítulos con miles de palabras. La palabra más empleada es salvo, como corresponde a un lugar donde la justicia existe casi en función de sus salvedades, más prolijas que las normas. Como la última salvedad es que la ley tiene precio y no usa venda, el reglamento es inútil (pero lo disimula).

Yo podría haber redactado un reglamento mas realista y breve. Por ejemplo:

1. Está prohibido conducir a exceso de velocidad, salvo que no se quiera ir despacio.

2. Pasarse el alto, salvo si el semáforo está en rojo.

3. Ir en sentido contrario, salvo en las calles en que haya tránsito en sentido correcto.

4. Echar humo, salvo si es gris o negro.

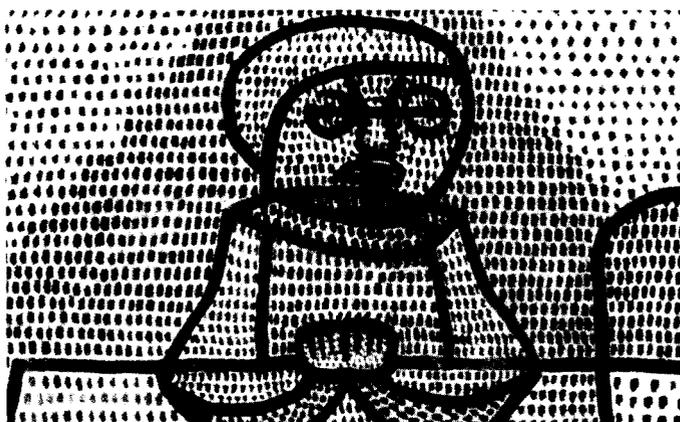
5. Está prohibido darles dinero a los policías, salvo que lo extorsionen.

6. Circular sin luces, salvo que sea de noche.

7. Circular el día en que no corresponda según el color de la calcomanía salvo si el color es morado como los billetes de 50 000 pesos.

8. Están obligados a respetar estas reglas todos los ciudadanos, salvo los políticos, los influyentes, los policías, las peseras, los camiones urbanos, los transportes de dinero, los juniors, los judiciales, los industriales, los que les dé la gana en general y los respectivos parientes o conocidos de todos los anteriormente señalados.

No es perfecto como el otro, pero tiene, por lo menos, la ventaja añadida de que el disimulo ya no sería accesorio, sino práctico.



Muchaeho disfrazado, 1931